

—Yo no puedo abandonar esta casa. Mi madre debe volver pronto.

—Saldremos a su encuentro: la buscaremos en todas partes.

—¡Ah!

—Hoy es peligroso correr por las calles de Madrid. Es muy común ver cómo caen al suelo, para no levantarse más multitud de infelices criaturas.

—Díseme!

—En ese extremo, si no se lo socorro pronto, si no hay una mano benéfica que se tienda en su auxilio, la muerte acude preurosa a cortar la vida del desgraciado.

—¿Es así horrible!

—Al momento, prosiguió Laforet, plutando con los más siniestros colores aquel cuadro de desesperación, al momento que cae la víctima, se lanzan sobre ella los agentes de la autoridad, y entonces en vano busca el hijo al padre, la madre al hijo, el hermano al hermano.

—¡Oh!

—Por eso es necesario que me sigáis. Vuestra madre...

Un grito espantoso desgarró las entrañas de Gabriela...

—¡Oreáis en una desgracia! exclamó pasándose la mano por la frente.

—¿Quién sabe!

—En ese caso, estoy pronta a seguirla.

Laforet se estremeció de placer.

Gabriela estaba próxima a caer en la red que este le tendía.

—¡Potendos, dijo con voz hueca y agitada, salvar a vuestra madre. Aquí hay oro, prosiguió, haciendo brillar en sus manos un puñado de monedas: aquí tenéis para volver a vuestra antigua opulencia!

—Me haceis dudar de mí misma, contestó Gabriela mirando al enebulento.

—¡Por qué!

—¡Quien soils vos que es impondes grandes deberes con nosotros!

—¡Soy.... Laforet se detuvo. Soy quien en el silencio

